

Ucrania, oportunidad y riesgo

Mateo Madridejos, periodista e historiador (EL PERIODICO, 29/12/04)

Los resultados de la tercera vuelta de las elecciones presidenciales en Ucrania certifican el incontestable triunfo de un extraordinario movimiento popular por la democracia, contra el fraude y el despotismo de la vieja nomenklatura comunista, pero es obvio que el presidente electo, el derechista **Viktor Yushenko**, víctima de un misterioso envenenamiento, hereda un país más dividido que nunca, fatigado y traumatizado por tres meses de agitación, cuyo futuro inmediato se precipita en la incertidumbre.

Las presidenciales no eran sólo una prueba de fuego para la democracia con su exigencia primordial de elecciones periódicas y resultados inciertos, ni un primer intento de unificar en la libertad a un país fabricado en su forma actual por el poder soviético, sino también una demostración inquietante de la doble injerencia exterior. En vísperas del escrutinio definitivo, el Kremlin denunció con estridencia "las revoluciones permanentes" que estallan en el espacio postsoviético, en referencia a los cambios en Georgia de hace ahora un año. En Ucrania, la *revolución naranja* fue financiada y orquestada si no preparada en Occidente.

El presidente **Vladimir Putin**, de manera tan torpe como ostensible, evocó los intereses de una Rusia crecientemente autocrática y apoyó en un primer momento la elección frustrada el 21 de noviembre de **Viktor Yanukovich**, el candidato prorruso y de los oligarcas, sin percatarse de que el burdo pucherazo era inaceptable para EEUU y Europa. Los occidentales, que recuperaron la unidad de la guerra fría, perdida por la invasión de Irak en el 2003, denunciaron la superchería y respaldaron sin fisuras y con toda clase de medios al que sus adversarios presentaban como el candidato de la CIA.

POR TANTO, el nuevo presidente deberá mantener un difícil equilibrio diplomático-estratégico entre la vecina Rusia, de la que depende energéticamente y hacia la que mira el 35% de la población que habla ruso y/o rinde pleitesía al patriarca ortodoxo de Moscú, y la UE y la OTAN, que ejercen un atractivo irresistible para todos los que ansían sacudirse la tutela moscovita. El fantasma de la Yugoslavia destruida y ensangrentada, otro territorio donde confluían Oriente y Occidente, planea sobre Ucrania, quizá porque la libertad ha llegado 14 años después de la independencia.

Ucrania es una encrucijada de caminos, un país de fronteras recientes e inestables. Los enfrentamientos ideológicos y más o menos retóricos de la guerra fría entre los dos bloques antagónicos han sido reemplazados por una descarnada lucha económica y por el poder en el espacio geoestratégico. Un anacronismo en la era de la globalización. Entre una región oriental relativamente rica y de raíces rusas (la cuenca del Donetz, Crimea) y una occidental empobrecida por el desastre agrícola, la identidad y el futuro del país están sometidos a fuertes tensiones. Bastaría una liviana provocación para encender la mecha secesionista.

La doctrina del Kremlin del *extranjero próximo*, de las zonas de influencia reputadas intangibles, se bate en retirada desde que los países bálticos ingresaron en la OTAN y la UE. ¿Hasta dónde retrocederá la frontera de la influencia rusa? ¿Cómo es posible ayudar a Ucrania a salir del marasmo y, al mismo tiempo, favorecer a las fuerzas sociales rusas, aún minoritarias, que propugnan la occidentalización y la democracia? Porque parte de Ucrania se integra culturalmente en el mundo ortodoxo y se inscribe en la órbita rusa desde hace tres siglos.

Una cosa es auspiciar la democracia y otra muy distinta infligir una nueva humillación de Rusia, con su corolario de explosión nacionalista, de consecuencias imprevisibles.

Yuschenko ha sido elegido con algunas condiciones enojosas. La más significativa, fruto amargo de un compromiso en la Rada o Parlamento, fue la reforma de la Constitución que, a partir del 1 de septiembre del 2005, recortará los poderes presidenciales y forzará una negociación encarnizada del jefe del Estado con los poderes fácticos y parlamentarios para aprobar las reformas jurídicas, económicas y sociales que reclaman los demócratas desde hace muchos años.

LA ELECCIÓN del líder de la *revolución naranja* ofrece a todos los ucranianos una oportunidad para consolidar la democracia y salir del subdesarrollo. Pero entraña riesgos. La complejidad geoestratégica estrecha el margen de maniobra presidencial frente a los oligarcas. No es seguro que EEUU, empeñado en una guerra global contra el terrorismo, y la UE, militarmente inane, vayan a preservar su cohesión, ni que sean capaces de galvanizar las esperanzas suscitadas en Kiev. Si el presidente **Yuschenko** solicita el ingreso en las instituciones euroatlánticas, Rusia lo interpretará como un desafío. Entonces el Kremlin podrá jugar la baza de la secesión y los europeos tendrán que afrontar la amenaza del caos, de la guerra o del nuevo muro en la frontera rusa.